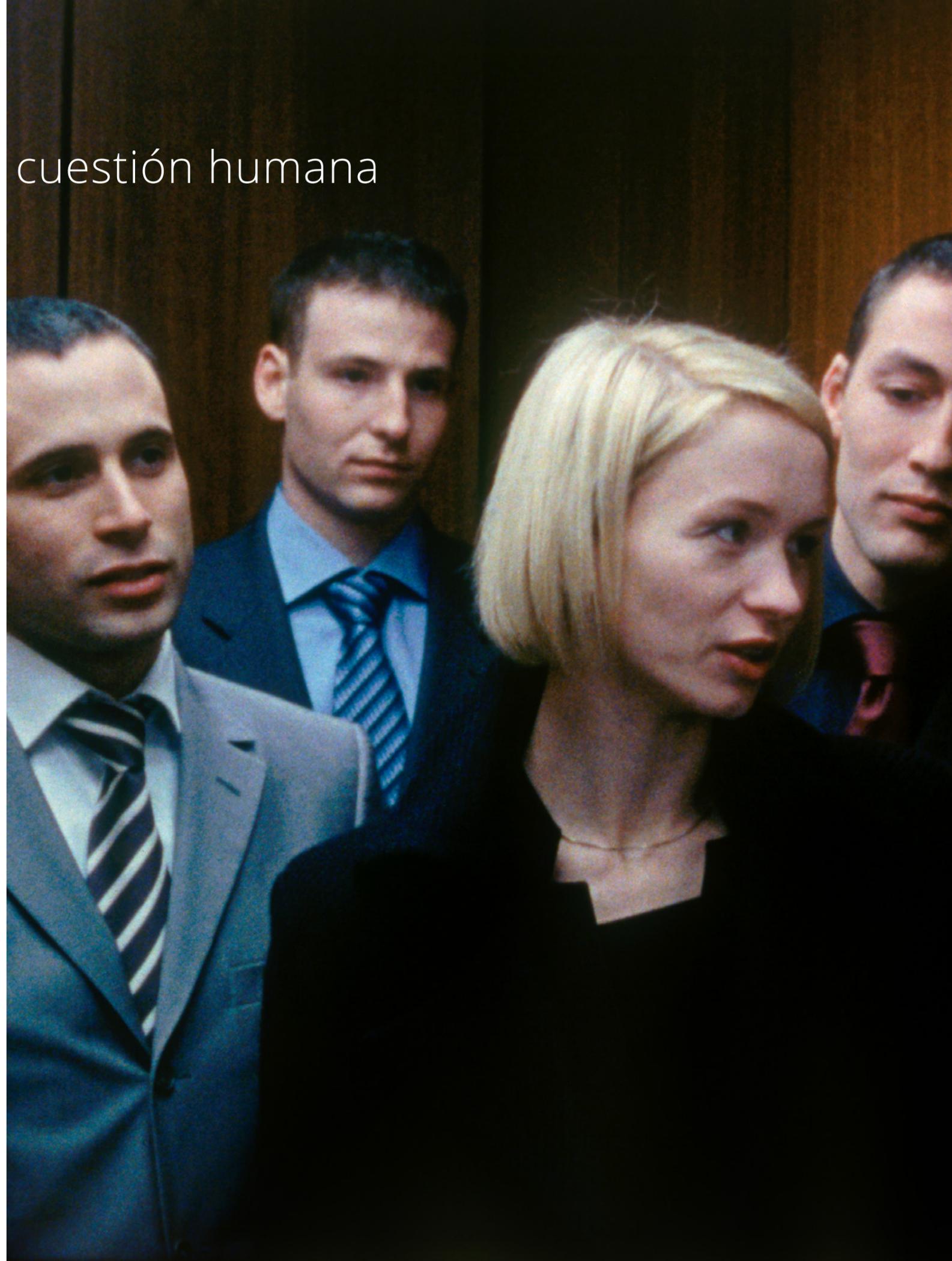


¿DE QUÉ SIRVE TENER ALMA? La cuestión humana

Heidi Karlsen

En pleno siglo XXI, el derecho a una vida digna nos sigue enfrentando a un problema. El ejemplo más actual es el de la crisis de los refugiados. ¿Qué ocurre cuando la imagen de un niño sirio muerto en la playa se propaga por el mundo? Es señal de fracaso para una civilización que se considera moderna e ilustrada, y revela la imperiosa necesidad de abandonar cualquier mentalidad que nos inhiba de actuar según los principios humanitarios, ya sea el lenguaje técnico cuando nos vuelve pasivos, los cálculos cuando nos convierten en simples números, o las voces que insisten en llamar ingenua cualquier presencia de sentimientos en la política. El tiempo moderno tiene dos caras: la de la búsqueda de una vida digna para todos y la del avance técnico-científico. La última no siempre hace posible la primera, e incluso la pone en riesgo - no faltan ejemplos en la historia - al producir sistemas donde la humanidad se vuelve ausente.

La racionalidad, la secularización y la biopolítica son tendencias destacadas del tiempo moderno. La psicología deja de ser definitivamente la "filosofía sobre el alma" al establecerse durante el siglo XIX como el estudio moderno y científico de pensamientos, emociones y comportamientos. Nicolas Klotz en *La cuestión humana* (2007) muestra en detalle cómo una lógica nos transforma en máquinas eficaces que se alejan de la humanidad. El protagonista del film, el psicólogo Simon Kessler, es representante por excelencia de la psicología moderna y científica en su forma aplicada.



Kessler trabaja en la filial parisina de una empresa petroquímica alemana, SC Farb. Mientras explica, en *voice over*, su función: reclutar a nuevos trabajadores y organizar seminarios destinados a aumentar la motivación de los empleados - la cámara se fija en los trabajadores, primero en la cantina, luego en los servicios. El trabajo biopolítico de Kessler consiste en transformar todo espacio vital, hasta lo más básico de la existencia humana, en un laboratorio de influencia psíquica con el fin de aumentar la productividad de los empleados.

Un directivo de la empresa, Karl Rose, se dirige a Kessler para hacerle una petición delicada: realizar una investigación psicológica sobre el director general, Mathias Jüst. Rose está preocupado porque el director muestra signos de sufrir psicológicamente. Sobre los dos hombres vemos una serie de máscaras oscuras, símbolo de ocultación. Y lo que efectivamente se revelará es que debajo de la aparente preocupación humana de Rose, hay espinas de otro orden.

Jüst no tardará en deducir que está siendo investigado y será él mismo quien revele a Kessler la auténtica motivación de Rose: Jüst dispone de información comprometedor de extrema gravedad sobre él. Por eso Rose busca la manera de eliminar a Jüst de la empresa. En principio la misión no parece controvertida para Kessler, ya que despedir empleados es una de sus tareas principales.

La SC Farb acaba de atravesar una crisis que ha ocasionado la reducción de personal de 2500 trabajadores a 1200. Cuando Kessler, responsable del proceso, explica a Jüst los criterios profesionales para despedir a cada trabajador, su explicación se transforma poco a poco en una justificación, aunque Jüst le da razón y lo felicita por su eficacia. Sin embargo, los roles cambian de manera sutil entre el psicólogo y el director. En realidad Jüst le fuerza a asumir información desagradable

que en cierto modo tiene relación -todavía no articulada- con la manera que tiene el propio Kessler de efectuar su trabajo. La cámara se acerca entonces a Kessler, detrás de él hay una ventana con la persiana bajada, como aprisionándolo. Oímos el sonido de un líquido que fluye. Es Jüst que se lava las manos antes de volver a su gran mesa de oficina, gesto que repetirá otras veces que se reúna con Kessler, tomando forma de ritual de purificación. Se nota en Jüst la carga de una profunda sensación de culpa al mismo tiempo que insinúa que Kessler, a cierto nivel, tampoco es inocente.

Según Jüst, Rose descende de una familia alemana vinculada al comandante nazi Heinrich Himmler y, además, es miembro de una fundación con raíces en la misma ideología. Añade que Rose vivió en un orfanato para niños arios antes de ser adoptado. El perfil es lógico para Jüst: Rose es un humano sin infancia, sin ternura, sin sensibilidad - es decir, sin *humanidad*. Es un tecnócrata perfecto, capaz de realizar cualquier tarea para eliminar la debilidad y aumentar la uniformidad, principio que caracteriza no sólo a la fundación neonazi a la que pertenece, sino también a la SC Farb, implicando así a Jüst y Kessler.

La tendencia a dicha uniformidad en la empresa se manifiesta sobre todo gracias a los métodos de motivación y reclutamiento de Kessler. Así, en una entrevista informa al joven candidato Tavera de que lo más importante son sus preferencias y características personales. Tavera se presenta como una persona obsesionada con su carrera a la que le da asco preparar la comida. Está entonces, en cierto modo, alienado de sus necesidades básicas, por lo que resulta profundamente maleable. Es como si su cuerpo susurrara "¡orienta mi deseo!". A Kessler le gusta lo que oye. Tavera recibirá el puesto, sobre todo por su disponibilidad a dejar que Kessler entre en su espacio íntimo.





Penetrar en el espacio íntimo es la clave de la ejecución del poder. La vida pura es el objeto de ese poder que Foucault llamó *biopoder*. En varias escenas se manifiesta que el microcosmos de la empresa guarda una relación ambivalente con respecto al cuerpo humano. Durante la entrevista mencionada, Kessler se sitúa justo al lado de Tavera. La escena se impregna de un leve aire erótico. Emerge cierto pacto emocional: la lealtad del joven se compensará con un reconocimiento por parte de la dirección de la empresa. Este pacto se crea de manera sólida gracias a algo que al mismo tiempo, paradójicamente, lo hace frágil: Kessler también se implica íntimamente, una inversión que hace posible la transacción. En otras palabras, una *resistencia* contra la racionalidad eficaz debe emerger, para que, a su vez, dicha resistencia sea consumida por el poder, que entonces profundiza en su control. El ser humano es un cuerpo-máquina que funciona según leyes que lo hacen manipulable. Aun así, o para que funcione así, la vulnerabilidad tiene que ser acentuada y mediada, no sólo la de los trabajadores sino también la de la dirección.

Con este fin, Kessler organiza eventos en los que cada empleado trata de sobrepasar sus límites. Él mismo tiene a veces que participar para conseguir su propósito: aumentar la motivación de los trabajadores, lo que a su vez requiere orientar sus impulsos más íntimos. Sobrepasar estos límites es una manera eficaz de exponerse y dejar al otro entrar en tu intimidad, lo que produce una mayor identificación con la empresa. Kessler participa una noche en uno de estos eventos, esta vez una *rave*. Al día siguiente se despierta en la calle, molido. El recién contratado Tavera, que está a su lado, le quita entonces la camisa y, usando pañuelos, empieza a lavarlo con delicadeza. Le ayuda así a volver a estar presentable al mismo tiempo que demuestra su discreción y dedicación total. Necesita que Kessler vuelva a ocupar su posición para que el equilibrio de la relación asimétrica no se pierda. Kessler regresa en cierto modo aún más poderoso porque ha atravesado un momento de vulnerabilidad extrema. Su empleado, como resultado de haber participado en el ritual, debe



sentirse privilegiado, al estar asegurando su cercanía a la cúpula del poder. A pesar o quizás a causa de aquella noche y del acontecimiento posterior, Kessler aparece paradójicamente como un profesional. Sin embargo, poco a poco, algunos signos de malestar empiezan a afectar a su cuerpo. Una intuición inquietante, como vamos a ver, lo impregna cada vez más con respecto a su función en la empresa.

El profesor de estudios germánicos modernos Eric L. Santner dice que la modernidad se caracteriza por una complejidad en el

universo simbólico respecto al fenómeno de autoridad¹. En pocas palabras, el ser humano moderno es determinado como soberano en su propia vida. Sin embargo, al universo simbólico que nos rodea le falta un ancla, un punto fundamental de concentración de las relaciones de poder, como la figura del rey en el régimen antiguo. Este vacío simbólico produce una presión que afecta a nuestros cuerpos (Santner utiliza la palabra inglesa *flesh*), y gestionar esto es la tarea principal de las autoridades biopolíticas modernas, analizadas inicialmente por Foucault. En términos relacionados, la profesora de

lengua y literatura angloamericana Elaine Scarry describe como el cuerpo ocupa un espacio característico cuando hay una crisis de legitimación en una sociedad². El cuerpo *herido* se vuelve entonces una *fuentes* de realidad que compensa la *falta* de realidad del sistema de poder en cuestión. Por eso, cuando Kessler visita a la mujer de Jüst, preocupada por su marido, y la sigue por un pasillo hasta una habitación, la cámara se centra en la nuca firme de ella, y Kessler nos confiesa en *voice over* que desea besar esa nuca. Su deseo aumenta al mismo tiempo que lo expresa en palabras, hasta el punto

de querer morderla. El deseo de morder la nuca de la mujer se inscribe en esa lógica, como una confusa necesidad de un anclaje en la realidad que dé sentido a lo que hace la empresa, mientras que el intento de Jüst de asfixiarse (que nos remite a la denominada “solución final” operada por los nazis) hace realidad la intuición que incomoda a Kessler.

Esta “crisis de investidura” de Kessler es quizás particularmente relevante para las disciplinas que, como la medicina o la psicología, han expandido su terreno mientras la “filosofía sobre el alma” perdía el suyo. “¿De qué sirve

tener alma?”, cantan en un café al que acuden Kessler y su novia una noche. El alma se pierde en favor de una *espiritualización del cuerpo*, como afirma el filósofo italiano, Roberto Esposito³. La activación de las emociones de los empleados para que se autogobiernen como trabajadores leales, se basa en una forma de espiritualización del cuerpo. Necesitan cultivar emociones porque quieren eliminar las que pueden provocar impulsos perturbadores para la productividad. Para lograr tal objetivo, se crea una comprensión tácita, casi una *disposición genética* de si eres un “SC Farb” o no.

La *cientificación* de lo humano, con la correspondiente superfluidad del alma, también se traduce al terreno lingüístico. Esto se manifiesta sobre todo cuando Kessler empieza a recibir cartas anónimas en las que se le acusa de usar métodos próximos a los del nazismo. En la última carta que recibe hay dos textos: uno de un manual de psicología y otro de un informe técnico sobre el transporte de humanos durante la mencionada “solución final” nazi. La lógica del proceso de eliminar al personal y el lenguaje técnico-racional se equiparan a la metodología empleada por los nazis.

Cuando Kessler se encuentra cara a cara con el remitente de las cartas, el ex-empleado de la empresa, Neumann, éste tiene que justificar el envío y el anonimato (la falta de “humanidad”) de sus cartas. Responde extensivamente, en este punto culminante de la película, que el sistema es así, justamente *no humano*: un lenguaje muerto, neutro que no reconoce individuos, sino títulos que en el fondo no representan nada *real*. No reconoce *sentido*, sino términos muertos que reducen seres humanos a números.

El alma, si tiene futuro, no serviría para revertir el proceso de secularización, sino contra la mecanización - como fuerza poética, como la libertad que resiste contra las relaciones de poder que nos alejan de la cuestión humana.



¹ Eric L. Santner, *The Royal Remains* (2011)

² Elaine Scarry, *The Body in Pain* (1985)

³ Roberto Esposito, *Bios: Biopolitics and Philosophy* (trad. del italiano, 2008)